

AMSTER

MILTON ROSSEL
LEONCIO GUERRERO

Cien años de
"Martín Rivas"

Ediciones Revista ATENEA

MILTON ROSSEL

PASADO Y PRESENTE DE MARTIN RIVAS

Cúmplase el presente año el centenario de la publicación de Martín Rivas, oportunidad propicia para lanzar la mirada hacia atrás, releer esta novela, atisbar en la psique de los personajes y, sobreponiéndose al rigor del examen crítico, determinar cuánto en ella ha caducado y cuánto permanece vigente, resistiendo la ineluctable mutación de las circunstancias temporales, ya en el plano estético, ya en el de las modas y costumbres. Y al final, podremos concluir que la calificación de "maestro y padre de la novela chilena" con que se jerarquiza a Alberto Blest Gana rige sin dudas, pero más por sus creaciones humanas, que por los atributos propiamente literarios. Posee Martín Rivas una virtud fundamental para quienes dan al arte y a la literatura en particular un sentido lúdico: es de esas novelas que se leen con agrado, que entretienen, dejan al lector en constante tensión, alerta su curiosidad para conocer el destino de esas personas con las cuales convive como realidades de su propio mundo cotidiano.

HACE CIENTOS AÑOS que llegó a Santiago Martín Rivas a través de las páginas en que lo inmortalizó Alberto Blest Gana. Su imagen de joven provinciano, tímido pero ganoso de triunfar, aún no se esfuma en tan larga perspectiva de tiempo. La vitalidad de su estirpe ha sido tan recia que ninguna fuerza ha podido anularla. Los cambios que ella ha sufrido al adaptarse a incesantes situaciones ambientales y sociales no han modificado su condición intrínseca.

En la progenie actual de Martín Rivas casi no se reconoce al provinciano. No se advierte ningún distintivo en su manera de vestir, si bien en los ademanes aún se le ve cohibido. Hasta su misma voz cantarina adquiere las tonalidades enfáticas de quien encubre deseos de imponerse. Conserva la entereza de su antepasado frente a la arrogan-

cia de los poderosos y sobre todo con los que blasonan abolengos. Su voluntad de vencer se ha hecho más tenaz, más impetuosa su decisión de eliminar a quienes le impiden escalar posiciones espectables.

En los retoños de Martín Rivas, su modesto hogar provinciano se arrincona en el desván de los recuerdos. Apenas se relacionan con los parientes más próximos que siguen viviendo allí. En los ratos de recogimiento añoran la placidez de las calles de su ciudad; asimismo la retreta en la plaza a la hora del mediodía, después de la misa dominical. No olvidan tampoco esos inocentes idilios de miradas encendidas. En el corazón de estos nietos o bisnietos de Martín Rivas nunca desaparece la estampa de la ciudad natal, donde discurrió su adolescencia e hizo sus estudios secundarios, porque allí vive su madre viuda, cuyo único amparo en su pobreza es la esperanza en el hijo aprovechado que ha ido a Santiago a estudiar una profesión.

Estos Martín Rivas de ahora conviven en la capital, en un mismo plano, con quienes suponían de un nivel social y económico tan opuesto al suyo, que les parecían de raza distinta, superior. Pero pronto se dan cuenta de que en cultura e inteligencia no los aventajan. Bien lo han podido comprobar en las conversaciones y en especial en la Universidad. Son los nuevos Martín Rivas, como su progenitor, de los mejores alumnos de la Escuela de Leyes, y en las asambleas de estudiantes se imponen por su palabra convincente, por la madurez de juicio y solidez de conocimientos y por cierta emoción con que se animan al expresar la idea de una sociedad más justa, sin pobres. Porque Martín Rivas y sus descendientes son ilusos, románticos. Pero esta ilusión y este romanticismo les duran, en la mayoría de los casos, hasta el momento en que se hacen de un buen destino y logran sinecuras y nombradía social y política y han redondeado su panza y entibiadas las pasiones que en un tiempo forjó su conciencia soñadora de adolescente.

Como tronco de inúmeras ramificaciones, la estirpe de Martín Rivas se prolonga sin término, tal si su raíz afincara en lo más profundo de la idiosincrasia y formas de vida propias del chileno, en ese substrato donde se gesta lo más representativo y genuino de los pueblos.

Como viejo amigo de Martín Rivas, puesto que lo conocimos hace más de cuarenta años en lo más íntimo de su personalidad y aún con tronco genealógico común, lo recordamos como un paradigma por sus actitudes enaltecidas: energía para desbrozar las marañas, apetencias intelectuales, sinceridad en sus reacciones sentimentales, afán de servir, soñador al extremo de solidarizar heroicamente con quienes luchan hasta el sacrificio de su vida por una libertad insalvable.

Escuchemos, después de un siglo, la voz apenas audible, aunque fresca en su emoción, de aquel que lo conoció personalmente, adentró en su alma y dejó testimonio en una historia tanto más seductora cuanto el autor prefirió aderezarla con ingredientes de ficción, a fin de que los sucesos y las aposturas que jalonaron la existencia de Martín Rivas surjan con la viveza y realismo que tuvieron.

Evoquemos aquellos aspectos de su vida que mejor lo muestran como personaje de un momento en que apuntan los primeros síntomas de nuestra evolución social, cuando al terminar de desperezarse de la modorra colonial el país prenden con fervor romántico en los jóvenes cultos de entonces los principios libertarios y justicieros venidos de la vieja Francia.

Releamos esta novela que lleva por título el nombre ya simbólico del estudiante llegado a Santiago sin otros atencidos que su voluntad e ilusiones. Y releámosla no con intención estética, en rebusca de hallazgos estilísticos, que en tal sentido no es mucho lo que puede ofrecernos.

Leamos las páginas de *Martín Rivas* con la misma curiosidad con que nos aproximamos a esos viejos álbumes familiares donde se archivan como reliquias retratos de parientes lejanos, amigos de otros tiempos, mujeres que en su belleza suscitaron intensas pasiones. A través de esos daguerrotipos en que la realidad aparece fielmente captada, sumámonos a ese pasado para alternar con Martín Rivas sin salirnos del marco de sus peripecias.

Esta convivencia con seres y sucesos de épocas distantes nos da, muchas veces, una mayor verdad que la historia expuesta con rigor documental, en que sólo se recuerda lo trascendental y donde los actores de los hechos evocados adoptan las posturas severas con que ha de venerarlos la posteridad. No hay en esas personas y en los sucesos por ellas protagonizados vida, humanidad, ambiente íntimo, ese acontecer cotidiano con que se va tejiendo el drama sin estrépito de la gente que, no obstante su modestia, contribuye también a hacer historia y a fijar hitos en el devenir de los pueblos. La trascendencia de las "vidas vulgares", de que hablaba Unamuno.

Al reencontrarnos con Martín Rivas no sólo nos interesará él como individuo aislado, sino el medio en que se mueve, las costumbres de la época y todo aquello que de modo directo o indirecto se vincula a sus incidencias. De ahí que esta novela de Alberto Blest Gana sea un amplio retablo de personas, hechos, cosas del mundo santiaguino de mediados de la centuria pasada. Temas de conversaciones, vestuarios, preocupaciones, ideas políticas de los caballeros, actitud revo-

lucionaria de algunos jóvenes ilusos, tipos de *medio pelo*, diversiones populares, etc. Todo ello adquiere animación, colorido, relieve en las páginas de *Martín Rivas* con la fuerza del pintor que transmite a su pincel la vibración de su propia alma.

Algunas de las personas pintadas en *Martín Rivas* aparecen des-
teñidas por el tiempo; otras exhiben algún rasgo diferenciador, y unas pocas están tan vivas que parecen escaparse de su inmovilidad para incorporarse al fluir de los acontecimientos actuales.

Sabemos que Martín Rivas era de provincia, de Copiapó, que su padre había muerto y dejado a la familia con exiguos recursos económicos. En Santiago, Martín Rivas llega a casa de Dámaso Encina, hombre adinerado y deseoso de figuración social y política y cuya fortuna se debía a negocios no muy correctos con el padre de Martín Rivas. A poco de adentrar en la novela, advertimos el contraste entre la modestia y dignidad del joven provinciano y la soberbia complacencia de su acaudalado protector.

Este contraste entre las condiciones sociales y económicas de los protagonistas de *Martín Rivas* y de otras novelas de Blest Gana como *El Loco Estero* y *El Ideal de un Calavera* son, en cierto modo, el *leitmotiv* de los sucesos que tejen la trama de la acción. Estas diferencias de clases sociales son los motivos dominantes para acentuar los conflictos sentimentales que sirven de fabulación al relato. Si alguna simpatía política manifiesta el autor, su intención no es lanzar una clase contra otra en abierta pugna revolucionaria. Blest Gana como realista fiel a su maestro Balzac, pinta los hechos con verismo, plantea problemas, fija como en una instantánea lo que él ve y siente en torno suyo. Y siempre su enfoque de la realidad circunstancial lo hace desde un ángulo en que apenas las sombras subrayan los defectos de los personajes retratados. Su bondad lo lleva a presentarlos a través de un tamiz de humor y piedad, dentro de la nitidez con que especifica caracteres.

Si bien la novela es movida y los episodios transcurren sin que el autor se detenga en latas consideraciones o en morosos análisis psicológicos, hay páginas en que Blest Gana expone, como para dar mayor relieve a algunos retratos, pensamientos propios. Así, al presentar a Dámaso Encina, dice que "su familia era considerada como una de las más aristocráticas de Santiago". Este hecho no tendría ninguna importancia si no continuara el mismo Blest Gana diciendo que "los que cifran su vanidad en los favores ciegos de la fortuna afectan ordinariamente una insolencia, con la que creen ocultar su nulidad, que

lo hace mirar con menosprecio a los que no pueden, como ellos, comprar la consideración con el lujo o con la fama de sus caudales”.

Por estas palabras de Blest Gana vemos que no sólo Martín Rivas ha tenido descendientes sino también don Dámaso Encina. Pues pertenece éste a la ralea de los que, enriquecidos con malas artes, atropellan para encumbrarse y obtener colocaciones eminentes, sobre todo en la política a fin de incrementar su fortuna. Aspira don Dámaso Encina a ser senador y siempre se le advierte bienquisto con el gobierno, para lo cual no arriesga ninguna opinión personal, si logra tenerla, que pueda perjudicarlo en sus ambiciones.

Don Dámaso Encina ha enviado a su hijo Agustín a Francia. Como este joven carece de toda capacidad intelectual, el único provecho que obtuvo de su permanencia en París fue el de aprender algunos giros franceses y manera de vestir de allí. Se siente desambientado en su propia tierra. Si se hubiese quedado en Francia, habría pertenecido al grupo de los transplantados, palabra con la cual Blest Gana tituló otra de sus difundidas novelas. Este Agustín también ha dejado un abundante linaje, con las naturales variantes impuestas por el tiempo y los hechos. Agustín se acicala para llamar la atención por su original elegancia como un auténtico parisiense. En verdad, sólo consigue exhibirse caricaturescamente, como un ser sin personalidad. Son muchos los Agustines que pululan por las antesalas de la política, la administración pública, las letras. Adoptan actitudes desdeñosas para todo lo que es nacional, por primitivo y plebeyo, y sólo miran a París en un trasnochado ademán imitativo. Y como el Agustín de Blest Gana son risibles caricaturas, simios malamente disfrazados de parisienses, aun cuando ahora la ciudad modelo puede ser Nueva York, Londres, Roma o Moscú.

Agustín representa la antítesis de Martín Rivas. Mientras éste se esfuerza por abrirse camino merced a su personal disposición y se muestra entero en la adversidad y orgulloso ante quienes tratan de humillarlo, Agustín es vanidoso, derrochador, flojo, pues no trabaja y vive de lo que le da su padre, y cuando se ve enredado en el ardid de un supuesto matrimonio con una plebeya, se siente hundido como si el mundo se le viniera encima y tiene que ser Martín Rivas quien lo saque del embrollo a que fue llevado por su atolondramiento y malas intenciones. A pesar de todo, tiene rasgos generosos que lo hacen hasta simpático en su simpleza.

Más próximo a la índole de Martín Rivas se encuentra Rafael San Luis, a quien el copiapino conoció en la Escuela de Leyes, se hicieron pronto amigos íntimos y confidentes de sus desventuras sentimentales.

Aun cuando no ocupa los primeros planos en el desarrollo de la acción novelesca, Rafael San Luis destaca con gran simpatía en el repertorio de cuantos actúan en *Martín Rivas*. Pertenecce a la Sociedad de la Igualdad. Idealista, romántico, desgraciado en amores, liberal en el sentido tradicional de la palabra —tendencia revolucionaria entonces— es uno de los que encabeza la asonada del 20 de abril de 1851, siendo muerto en la refriega. Al final de la novela, en carta dirigida a su hermana Mercedes, Blest Gana pone en la pluma de Martín Rivas frases conmovedoras al recordar a su amigo Rafael San Luis. "La vigorosa hidalguía de Rafael —escribe—, su noble y varonil corazón, vivirán eternamente en mi memoria; no puedo pensar, sin profundo sentimiento, en la pérdida de tal rica organización moral. En el corazón de ese amante desesperado, la voz de la libertad había hecho nacer otro mundo de amor, en el que pasaban, como lejanas sombras, las melancolías del primero".

Contrastando con Martín Rivas, Agustín Encina y Rafael San Luis, se yergue con tonos sombríos la imagen de Amador Molina, inútil, marrullero, venal, cobarde, de baja estofa, de *medio pelo*, hijo de doña Bernarda, amiga de los naipes, casamentera, pero con ese humor sano que aflora en nuestra gente de genuina extracción popular, y que, a pesar de su pobreza, poseen arrestos de dignidad como los de sus hijas Adelaida y Edelmira, especialmente ésta.

En la narración de la jornada del 20 de abril, hay unas líneas en que se subraya la avilantez de la condición de Amador Molina:

"Martín entró también con la misma ilusión y se encontró en el zaguán con Amador Molina, que habiéndose ocultado durante la refriega, gritaba en ese instante en favor del Gobierno y contra los revolucionarios que al principio había querido apoyar.

"Un joven de los que habían militado con Rivas se acercó a él.

"—Estamos perdidos —le dijo—: la tropa nos abandona y es preciso huir.

"En ese mismo momento Amador gritaba:

"—Ricardo, aquí hay dos revolucionarios.

"—¡Cobarde! —le dijo Martín, tomándole del pescuezo—, te tengo lástima y te perdono".

¿Podrían encarnar estas creaciones novelescas de Blest Gana tres tipos bien definidos de nuestra realidad social? Bastante se ha especulado sobre esto. Se ha dicho que Martín Rivas es la clase media, con todo el impulso de surgir, de hacerse un destino con los recursos de su propia capacidad. Clase media provinciana, que no trepida en saltar los muros que se levantan frente a su decisión de darse en plenitud

amorosa cuando se enamora de una muchacha de una clase social considerada superior a la suya. Así este Martín Rivas cuando se instala en sus sentimientos Leonor, la hija de don Dámaso Encina.

Agustín es lo que llamaríamos hoy un joven *bien*, elegantemente vestido, de modales muy finos, voz suave, dulce, aunque el Agustín de Blest Gana tuvo ímpetus varoniles cuando pretende seducir a Adelaida, la hija de una modesta familia de *medio pelo*. Si varonía se considera el tratar de engañar a una mujer joven y humilde.

Mientras Martín Rivas adopta con la modesta familia Molina una conducta digna y no pretende aprovecharse de Edelmira a pesar de que ésta le manifiesta un amor sin frenos, Agustín, infantilmente atraído por Adelaida, busca toda suerte de malas artes para poseerla, lo que no consigue gracias a la astucia picaresca e indecorosa de Amador.

Se suceden, pues, los motivos para que Martín Rivas se capte la simpatía del lector. Siempre digno, caballeroso, comprensivo, cordial con esa familia Molina calificada despectivamente de *medio pelo* y sobre todo con Edelmira cuando le pide que la ampare de la porfía materna de casarla con el oficial de policías Ricardo Castaños, a quien ella no quiere.

Amador Molina es un espécimen muy singular de lo que se ha llamado *medio pelo*, algo así como subclase media, y que en nuestros días se reproduce abundantemente. Presume de vivo y hasta de elegante. Sin ser propiamente un *colérico*, exagera lo que él cree es la última moda. Poco amigo del peluquero, la peineta es un adinículo de su constante uso. En este aspecto lo vincula a los Agustines de hoy. Los extremos se tocan.

Sin duda son Martín Rivas y Agustín quienes se proyectan, con mayor relieve, en interminables generaciones, en la sociedad chilena de todos los tiempos. Si conservan su condición esencial, sus reacciones son ahora distintas. Los nuevos Martín Rivas se han puesto demasiado ambiciosos, arribistas, reptantes, cómodos, aun cuando conservan vehemencia y audacia. Los Agustines de hoy han evolucionado, se han puesto más comprensivos, son hasta estudiosos, ya no desprecian tanto a la gente humilde, incluso se comportan mesiánicamente con ellos para hacerse dignos del Evangelio que llevan debajo del brazo y asegurarse un buen lugar en la eternidad. Actúan frecuentemente en política como los nuevos Martín Rivas, y como éstos hablan de los derechos del pueblo, engolan la voz cuando proclaman el advenimiento de una nueva sociedad, más justa y humana que la actual. Demagogos ambos. Pero no se crea por ello que estos Agustines no estén preocu-

pados de poseer el último modelo de automóvil, que manejan con la misma suficiencia con que citan a Maritain.

En la rápida evolución social que en los últimos cuarenta años ha tenido Chile por su mayor desarrollo político, económico y educacional, y por el gran número de emigrantes radicados en el país, han ido borrándose las diferencias sociales sobre todo aquellas que se fundamentaban en el abolengo. La progeñie de Martín Rivas, Agustín Encina y Amador Molina asciende y desciende en la escala social según el resultado favorable o desfavorable del balance de su personal economía. Otro es el caso de Rafael San Luis. Su idealismo, sus sentimientos, su desinterés y generosidad, su conformación moral e intelectual, lo distancian de todo medio artificial y acomodaticio, allí donde el político oscila entre la promesa mendaz y la genuflexión servil. No olvidemos que Rafael San Luis murió muy joven, en la edad de las ilusiones. Quizá con el correr de los años se habría sumado a la ralca de los Martín Rivas o Agustines de hoy.

En el trasfondo de la novela circulan otros personajes cuyas peculiaridades destacan inconfundiblemente. Así, don Simón Arenal y don Fidel Elías, contertulios de don Dámaso Encina. A éstos ni el tiempo ni las circunstancias han alterado el verismo humano con que los forjó el novelista. De ellos dice Blest Gana que "eran el tipo de hombre parásito en política, que vive siempre al arrimo de la autoridad y no profesa más credo político que su conveniencia particular y una ciega adhesión a la gran palabra *Orden*". Hace cien años que Blest Gana escribió las palabras transcritas y ellas rigen todavía con la misma evidencia de entonces. Pero sigamos leyendo a Blest Gana: "Don Simón Arenal y don Fidel Elías aprobaban sin examen todo golpe de autoridad y calificaban con desdénosos títulos de revolucionarios y demagogos a los que, sin estar constituidos en autoridad, se preocupaban de la cosa pública".

Era la época de la Sociedad de la Igualdad, allí donde hablaban Santiago Arcos, Francisco Bilbao y otros iluminados de un socialismo vagaroso y difuso, más romántico que de contenido económico y social. A pesar de que ese fuego juvenil pareció de vida efímera, encendió ideales de avanzada social y política que con el transcurso del tiempo han ido concretándose en leyes de protección y estímulo al trabajador de la mano y del intelecto, al humilde jornalero y al modesto hombre de clase media.

Transcribimos el siguiente diálogo en que se ve el concepto que algunos señorones tenían de la Sociedad de la Igualdad:

"—Convéncete, Dámaso —decía don Fidel—, esta Sociedad de la

Igualdad es una pandilla de descamisados que quieren repartirse nuestra fortuna.

"—Y, sobre todo —decía don Simón, a quien el Gobierno nombraba siempre para diversas comisiones—, los que hacen oposición es porque quieren empleo.

"—Pero, hombre —replicaba don Dámaso—, ¿y las escuelas que funda esa sociedad para educar al pueblo?

"—¡Qué pueblo, ni qué pueblo! —contestaba don Fidel—. Es el peor mal que pueden hacer, estar enseñando a ser caballeros a esa pandilla de rotos.

"—Si yo fuese Gobierno —dijo don Simón—, no los dejaba reunirse nunca. ¿Adónde vamos a parar con que todos se metan en política?

"—¡Pero si son tan ciudadanos como nosotros! —replicó don Dámaso.

"—Sí; pero ciudadanos sin un centavo, ciudadanos hambrientos —repuso don Fidel.

"—Y entonces, ¿para qué estamos en República? —dijo doña Francisca, mezclándose en la conversación.

"—Ojalá no lo estuviéramos —contestó su marido.

"—¡Jesús! —exclamó, escandalizada la señora.

"—Mira, hija, las mujeres no deben hablar de política —dijo sentenciosamente don Fidel.

"—A las mujeres, las flores y la *tualeta*, querida tía —le dijo Agustín, que oyó la máxima de don Fidel.

"—Este niño ha vuelto más tonto de Europa —murmuró, picada, la tía".

Y sigue el diálogo con esa gracia, viveza y penetración psicológica con que Alberto Blest Gana perfiló caracteres y animó costumbres.

La trama sentimental que forma propiamente lo novelesco de *Martin Rivas* no nos interesa mayormente, pues las reacciones emotivas de los personajes principales nos parecen fuera de foco para nuestro tiempo y fluye de los conflictos de los jóvenes enamorados una sensibilidad exagerada, un romanticismo blando y dulzón, incluso de mal gusto en las cartas. La novela está muy bien urdida, los sucesos se encadenan complicándose la acción a medida que se adentra en el mundo íntimo de los protagonistas; y como un mecanismo de relojería literaria perfecto, se llega al clímax en el momento preciso en que el nudo de la ficción se descorre para dar con el desenlace. Nada resulta inesperado, ilógico, absurdo. Descontada la muerte heroica de Rafael San Luis en el motín del 20 de abril, todo se resuelve en una atmósfera de optimismo, las parejas enamoradas se casan, se acomodan en la vida y son

felices. Aunque el autor no lo dice, don Dámaso Encina habrá obtenido el ambicionado sillón senatorial y siempre estará con el gobierno.

Si en el aspecto literario *Martín Rivas* se ha resquebrajado, en su textura humana y social no ha perdido vigencia, sobre todo en ese Martín Rivas de tan larga descendencia, la cual lleva, aun cuando se haya identificado con el desconcierto caótico de nuestro tiempo, los genes de su lejano antepasado, y de súbito afloran ellos en reacciones que dignifican su estirpe. De esta manera nunca deja de ser fiel a la intención que tuvo su progenitor al concebirlo, intención explícitamente manifestada por Alberto Blest Gana en la dedicatoria de esta novela a Manuel Antonio Matta, fundador del Partido Radical, cuyas doctrinas en esa época fueron más adelante en su posición revolucionaria que la del Partido Liberal, que también lo era entonces.

Dice Blest Gana en la aludida dedicatoria:

“Por más de un título te corresponde la dedicatoria de esta novela: ella ha visto la luz pública en las columnas de un periódico fundado por tu esfuerzo y dirigido por tu decisión y constancia a la propagación y defensa de los principios liberales: su protagonista ofrece el tipo, digno de imitarse, de los que consagran un culto inalterable a las nobles virtudes del corazón, y, finalmente, mi amistad quiere aprovechar esta ocasión de darte un testimonio de que el cariño nacido en la infancia se une ahora el profundo aprecio que inspiran la hidalguía y el patriotismo puestos al servicio de una buena causa, con entero desinterés”.

En las palabras transcritas se advierte el propósito de Blest Gana de encarnar en Martín Rivas sus propios ideales políticos, cuya “propagación y defensa” han estado en manos de Manuel Antonio Matta, al cual le une “el profundo aprecio que inspiran la hidalguía y el patriotismo puestos al servicio de una buena causa con entero desinterés”.

¿Por el contenido de esta dedicatoria no se podría, acaso, inscribir a Alberto Blest Gana en la lista de los que primero en Chile han hecho “literatura comprometida”? Es decir, literatura al servicio de... En este caso, de la doctrina liberal.

Hace cien años que Martín Rivas vive inmortalizado en la novela de Alberto Blest Gana. Hemos recordado al padre y al hijo. Al primero por haber engendrado un vástago que lo honra, y a éste porque supo ejemplificar, con su conducta e inteligencia, a su generación; y si sus descendientes no siempre han tenido la altitud moral suya, han contribuido a dar solidez y prestancia a nuestra tierra, tan abigarrada en su geografía y tan firmemente solidaria la voluntad de su pueblo en repechar mejores condiciones de vida.

LEONCIO GUERRERO

ALBERTO BLEST GANA
Y SU EPOCA

EL CAPITULO NO ESCRITO

ANOHECE. La calle principal del pueblo recién ha sido iluminada. Las luces de las chonchonas producen una lúgubre penumbra. Las vitrinas de los despachos están todavía con los pestigos sin colocar, dejando entrever los objetos expuestos a la venta. Un coche tirado por caballos se arrastra por el pésimo empedrado. Las llantas de fierro van esparciendo chispas que indican el zigzaguo del vehículo. El chac chac de las herraduras ponen un ritmo monótono a la hora provinciana.

En la semiobscuridad van y vienen los pueblerinos. Han salido a hacer un poco de vida social. Es el paseo del anohecer. El momento del día en que se forman los noviazgos y se hacen visibles los enredos amorosos, que serán el comentario malévolo que espante el aburrimiento.

Los adolescentes inician sus primeros escarceos sentimentales. Recién despiertan a la vida y empiezan a sentir esos vagos anhelos que hacen de la existencia un milagro renovado.

*
* *

La hora avanza. Poco a poco, la tertulia se va deshaciendo. Se van las jóvenes primero. Los galanes las siguen a distancia. Pronto la calle del comercio queda silenciosa. De las ventanas, defendidas por gruesos barrotes de fierro forjado y veladas por no menos densos cortinajes, se escapan las luces amarillentas de lámparas y velas.

En casa de los Rivas, ya han llegado todos. Una sirvienta reparte los guisos en silencio. Hay honda preocupación en los rostros de los familiares. El asiento del padre está vacío. El viejo está enfermo, aquejado de una dolencia que es una combinación de cansancio, angustia

y pobreza. Descansa allá adentro entre tizanas y braseros. De pronto, entra una mozueta toda azorada.

—Don Martín —dice al oído del joven— el patrón quiere que vaya al momento.

Martín asiente con la cabeza, dobla la servilleta, la coloca en el pesado anillo de bronce y se levanta, dirigiéndose, por los largos y sombríos corredores, a la pieza de su padre. Golpea la puerta suavemente.

—Paso niño —oye la desfalleciente voz del autor de sus días.

Martín entra. Hay un desagradable olor a remedios y a comida. El padre le indica, con un gesto, los pies de la cama. Obedece y se queda mirándolo. Tiene la certeza de que será la última vez que estará con él.

—Martín, te llamaba para conversar algunas cosas serias... Como ya has terminado tus estudios en el liceo, me preocupa tu porvenir y el de tu madre y hermana. Además, debes saber que estoy arruinado. He tenido que malvender la mina. Apenas si tenemos qué llevar a la boca. Por eso, yo quiero que te vayas a Santiago a estudiar para abogado. Te daré una carta para don Dámaso Encina, que me debe muchos favores, incluso los principios de su fortuna. Creo que no se negará.

Calla unos instantes. Luego le coge la mano con ternura, y continúa:

—“De tí va a depender, en adelante, la suerte de tu madre y de tu hermana: vé a Santiago y estudia con empeño. Dios premiará tu constancia y tu trabajo.”

Se lo queda mirando, con esa honda fijeza de las despedidas definitivas. El muchacho también está en silencio, perdido en una balumba de sugerencias y de presentimientos.

Ya es muy de noche. Los perros ladran en torno y la voz trasnochada de un sereno canta una hora indefinida en las incontables horas de tiempo.

AMBIENTE Y TIPOS

Santiago en 1841. Una aldea grande, soñolienta, de rectas calles bordeadas de bajas casas de adobe. Se ven balcones corridos y firmes aleros protectores de las lluvias y del sol. La calzada, sucia, llena de barro. Chiquillos y perros se solazan gritando. Los claveteados portones están cerrados. La Alameda limita la ciudad por el sur y es el paseo de moda, donde las familias salen a desvanecer su aburrimiento y a lucir sus trajes y carruajes.

Una tarde de diciembre, a la pesada hora de la siesta, un joven alto

y pálido se detiene frente a un portón. Golpea varias veces, hasta que sale a abrir un criado. Escucha su pedido y luego vuelve a cerrar. Después de un rato, entreabre el portón nuevamente y lo hace entrar. Martín Rivas, ha traspasado, sin saberlo, el umbral de su destino. Nada podrá hacer por variarlo. En esa mansión lo esperan los otros personajes que han de participar en la tragicomedia de su vida.

Don Dámaso Encina, engolado, despreciativo y burlón, lo recibirá en su escritorio, escudriñando su vestuario anticuado y sus modales tímidos. Tiene intenciones de despedirlo, luego de haber leído la carta de su amigo. Mas, recapacita, movido acaso por un resto de agradecimiento o por un rápido cálculo sobre la utilidad de aquel joven ingenio y honrado.

Más tarde le presentan a la bella hija de la casa, a la sin par Leonor Encina. Presiente, ante el frío e irónico mirar de sus pupilas, que será su esclavo por toda su vida. Es ella la que su instinto ha buscado a través de sus sueños informes. Leonor se apodera inconscientemente de él. Lo hará sufrir, lo humillará, lo abrumará con su belleza y su sadismo. Martín siente un inmediato y violento amor por esta frívola muchacha "para quien no hay ningún hombre digno de su corazón y de su mano".

Frente a ella se desvanece el pasado, los rostros implorantes de su madre y de su hermana, las promesas hechas a su padre, la firme resolución de labrarse un porvenir.



Para Martín Rivas todo es asombroso en la capital y, sobre todo, en el medio que le ha tocado en suerte caer. Hay aquí personajes a quienes admira y envidia. Agustín Encina, el hijo de su papá, el amanerado e irresponsable jovencito, hermano de su amada, le confunde con su parloteo cursi en el que utiliza palabras francesas, mal empleadas y peor pronunciadas, y con la fastuosidad de su vestimenta. Ha pasado una corta temporada en París y ya casi no reconoce a los nativos ni sus costumbres. El novelista lo describe así: "El joven iba vestido con una levita azul, abrochada sobre un pantalón claro que caía sobre un par de botas de charol, en cuyos tacones se veían las espuelitas doradas. En su mano izquierda tenía una huasca con puño de marfil, y en la derecha, un enorme cigarro habano consumido a medias".

He ahí descrito un "colérico" de la época. Bastaría cambiar o reemplazar su indumentaria para tener su equivalente actual.

Este Agustín es un petimetre tímido, egoísta, presumido y provisto de una moral muy elástica en materia de amores. Así, por ejemplo, cree que las muchachas de clase inferior deben estar siempre dispuestas para ser amantes de los jóvenes aristócratas. "Así se acostumbra en París" y eso es ley para él. Pero ¡ay! del que se acerque a las de su clase, aunque sea con el más puro anhelo de matrimonio. . .

*
* *

Leonor, como toda joven aristócrata casadera, está siempre rodeada de una corte de admiradores que suspiran y mueren por una mirada o una palabra de la diosa. Entre éstos, se encuentran los almiarados Clemente Valencia y Emilio Mendoza.

Clemente Valencia tiene a la sazón, veinticinco primaveras. Es muy ostentoso en el vestir, muy chic, muy parisiense también. Pero bajo las ropas no logra ocultar la plebeyez de sus formas. Es muy rico y esto borra todo defecto. Las madres se desviven por atraerlo a sus salones. Es un buen partido para sus hijas. Los amigos lo buscan a su vez, pues es muy generoso. Además posee una cualidad muy envidiable, aun en nuestros días: tiene coche propio. Es el primero que trae al país un carruaje a la Dumond.

En oposición, su rival en el corazón de Leonor, Emilio Mendoza, es un buenmozo. No tiene que disimular una estampa ordinaria. No. En sus facciones, en sus modales revélase la noble stirpe de sus ascendientes, la prosapia sin mancilla de una antigua familia de larga tradición política y social. Pertenece a uno de esos clanes "que han descubierto en la política una lucrativa especulación". Son los señoritos que ocupan las embajadas, los altos puestos en la administración pública. Son los que nacieron para espectables funciones, así como los "rotos" nacieron para las bajas.

*
* *

Entre los caballeros de edad, destacan ante Martín, don Fidel Elías y don Simón Arenales. Son, dice Blest Gana, "el tipo de los parásitos". Parsimoniosos, enfáticos, de gestos grandilocuentes. Opinan sobre todos los temas, a base de frases hechas y lugares comunes. Les atrae, por supuesto, la política de la cual viven. Son los defensores del ORDEN, de ese orden que les permite medrar y especular. Desearían acciones inmediatas y violentas contra esos revolucionarios que piden aumento

de sueldos y salarios y que fundan sociedades como La Igualdad, antro de anarquistas y conjurados. Los gobiernos son muy débiles para ellos. No actúan con mano firme. Pero cuando triunfan las ideas "renovadoras", son los primeros en felicitar y ofrecer su apoyo al nuevo gobierno. Parece que los conocemos. . .

*
* * *

Pero hay un joven aristócrata que para Martín es un firme apoyo moral. Es Rafael San Luis. Lo conoce en el Curso de Leyes y se hacen inseparables confidentes. Ambos tienen los mismos problemas: han sido despreciados por sus novias. Martín, por los desdenes de Leonor y Rafael, por el olvido de Matilde, un tipo pusilánime de mujer que obedece incondicionalmente al padre que le ordena casarse con otro galán de mejores condiciones económicas.

San Luis se siente defraudado, por lo que siente en su sangre ansias de protestas y se hace revolucionario. Ingresa a la Sociedad La Igualdad, participa en una asonada que fracasa, junto con Rivas. El muere en la acción y Martín es beneficiado con el amor definitivo de Leonor, que, en un melodramático final, lo acepta por novio oficial.

Pero a Rafael le mantiene la moral en los días de abandono. Le da consejos sabios, como éste: "lo peor que puede suceder a un joven pobre como Ud. es el enamorarse de una niña rica. Adiós estudios, porvenir, esperanzas. . . el amor para un joven estudiante, debe ser como la manzana del paraíso: fruto vedado. Si Ud. quiere ser algo, Martín, y le digo esto porque Ud. parece dotado de la noble ambición que forma los hombres distinguidos, rodce su corazón de una capa de indiferencia tan impenetrable como una roca".

Es un joven venido a menos que tiene un tío muy rico que lo ampara.

Rafael San Luis es el ejemplar típico del aristócrata que toma el partido del pueblo. Un idealista o un resentido, pero que actúa contra sus propios intereses. También nos parece reconocer en la actualidad a este espécimen.

*
* * *

Las mujeres son para Martín Rivas, permanente preocupación, tanto por la complejidad de sus reacciones, como por el pintoresquismo de su vestimenta y lenguaje desusado allá en la provincia, donde toda su preocupación lo constituye su hogar, su marido y sus hijos, sin

entrometerse en problemas que no entienden. Por eso, doña Francisca, esposa de don Fidel Arenales, le escandaliza. Es una dama independiente, emancipada de la tutela del mediocre de su consorte. Le rebate sus opiniones y lo deja en ridículo en público. Refiriéndose a las protestas por el liberalismo que invade al país y que él quiere acallar, ella le grita:

—“Entonces, ¿para qué estamos en república, si no hay libertades?”

—Cállate mujer —le conmiga él—. Las mujeres no deben meterse en política.

—Eso crees tú, tirano, quién sabe si lo hacemos mejor que algunos pobres hombres que conozco. . .

El marido, vencido, calla.

Esta doña Francisca es muy leída. Devora novelones románticos en los cuales encuentra las satisfacciones sentimentales que no le ha dado don Fidel. Ella está convencida del gran papel que juega la mujer en la sociedad, y por eso hace suyo un *pansamiento* cursi que Emilio Mendoza escribe en su álbum:

“La Humanidad camina hacia el progreso, girando en un círculo que se llama amor y que tiene por centro el ángel que apellidan mujer”.

*
* * *

En oposición a esta feminista, encontramos la femenina doña Engracia, esposa de don Dámaso y madre de la bella Leonor y del sin par Agustín. Es una gran dama que vive en permanente ausencia de la realidad que la rodea, en un dulce y encantador sonambulismo. Su mayor preocupación es la perrita regalona, su baño, su dieta. Vive sumida en un áura de grandeza, de estirpes señoriales. Sus mayores preocupaciones son el último escándalo social, las más recientes creaciones de los modistos de París. Es un encantador parásito femenino.

*
* * *

En cambio, la burda y francota doña Bernarda, madre de Edelmira, Adelaida y Amador, es una mujer de acción, preocupada de las realidades inmediatas de sus familiares, a quienes cuida y protege hasta la audacia. No cría perritas ni lee novelones. Pero tiene un grave defecto: es arribista. Como dice Blest Gana, es como “la gente de *medio pelo* que desprecia a las buenas familias, pero que en el fondo las en-

vidia y desea imitarlas". Y eso es lo que hace doña Bernarda. No quiere ser menos que nadie. "Qué tienen ellos que yo no tenga", argumenta. Establece en su casa de los suburbios una tertulia diaria, al igual que las de los salones de los señorones. Celebra santos, da saraos y comilonas. Además, ambiciona casar a sus hijas con caballeros, no con rotos. Le parece buen partido Agustincito que, en las visitas a su casa, le hace el amor a Adelaida. El bellaco de Amador concierta una emboscada en la que cae el incauto galán, de la cual sale fraudulentamente casado para desesperación de doña Engracia.

Las hijas están muy bien estudiadas. Por ejemplo Edelmira es "una pobre muchacha desgraciada, porque se avergüenza de los suyos y aspira a gentes que la valgan, a lo mejor por el lado del corazón". Es una insatisfecha que se enamora en secreto de la hombría de Martín.

Adelaida es sensual, le agrada el goce de los sentidos y se entrega a Rafael San Luis, del cual tiene un hijo, motivo por el cual pierde el seductor de nuevo a la recién conquistada Matilde, que lo abandona y desprecia.

Amador, el hijo, es un pícaro, un chantagista. Es el típico roto alambicado que ha perdido, a causa del arribismo de los suyos y el contacto con los aristócratas, todo su espontáneo gracejo, que es la característica del auténtico hombre del pueblo. Es un roto sofisticado.

*
* * *

Los tipos callejeros preocupan a Martín. Más de una vez los conoce muy de cerca y tiene que trezarse a mojicones con ellos, como es el caso de esa graciosa escena cuando va a la Plaza de Armas en busca de ropa más adecuada a su nuevo medio y que le vale una noche de prisión y la pérdida de la casa de don Dámaso Encina.

LA RETORICA AMOROSA

Esta novela de Blest Gana, como todas las de este escritor, tiene como aglutinante los problemas amorosos, sobre un trasfondo de época. Indudablemente, la retórica amorosa está de acuerdo con la manera de expresarse de ese tiempo. A nosotros nos chocan un tanto esas expresiones rebuscadas, que encubren apenas lo superficial del sentimiento. Tenemos otra manera de hacer y decir el amor, que como la hacía Martín Rivas, que a la postre es el más sobrio en el gasto de "dichas", "corazones", "abandonos". Por ejemplo, caer de rodillas ante "el bien

amado", en rendida pleitesía y entrega, ya no nos tienta, aunque nos consta que hay algunos galanes que aún lo practican con gran contentamiento de las damas agraciadas con esta actitud en desuso. También se ha suprimido, en gran parte, el envío de flores y bombones, de billetes perfumados y de acrósticos de mal gusto. El lenguaje amoroso de hoy es desenfadado y no se anda con eufemismos, sugerencias y largas esperas, masoquistas humillaciones o desprecios. La vida fluye con rapidez y no hay tiempo que perder en remilgos y respetos hipócritas. El amor tampoco se hace en los salones ante la vigilancia de los padres y parientes, quienes están totalmente excluidos de estos problemas de sus hijos. Los "chicoles", como llamaban al flirt o pololeo, se han reducido al mínimo y en él participan, también, el mínimo de personas. Antes era un largo proceso de chismes, intervenciones, componendas que tenían ocupadas a las familias por años enteros.

Hoy el amor se practica en silencio en los parques o en los mullidos e historiados asientos de los automóviles o en los celestinescos aposentos de los taxi-rooms.

Volviendo a nuestro tema, tenemos que reconocer que la retórica amorosa que campea en esta novela del siglo pasado, nos suena mal y, a veces, nos ruborizan sus frases y expresiones empalagosas. Veamos algunos ejemplos, tomados al azar:

—“Si es verdad que Ud. me concede su amor, que ha sido hasta hoy mi única dicha y mi único pensamiento querido, déjeme oírlo de su voz, porque si Ud. me desoye, creeré que me han engañado y volver ahora a mi largo desconuelo, sería horrible para mí. . .”

Sin duda, es un trozo del Secretario de los Amantes, que tanta utilidad prestó a algunas generaciones.

Para describir la belleza de Leonor, encontramos las siguientes palabras:

“Leonor llevaba un vestido de popelina claro que ajustaba su talle delicado que se divisaba a través de un ancho encaje de Chantilly y de una mantelera bordada de terciopelo negro. Los numerosos pliegues de la pollera se perdían longitudinalmente hasta el suelo, realzando la majestad de su porte, y un cuello de finos encajes de Valenciennes, ajustado por un prendedor de ópalos, confundía su blanco borde con el delicado cutis de su bien delineada garganta”.

Nos evoca una de esas actuales crónicas de Vida Social que aún los diarios publican para halagar banales fiestas de presentación de jovencitas en los salones.

También hemos encontrado esta muestra de análisis psicológico con que se describe un climax amoroso:

“—Las miradas que brillan con celestial ventura, los alegres proyectos, cernieron sobre ellos sus alas doradas y les pareció que el cielo era más azul y más puro el aire en que resonaban sus palabras”.

Podríamos citar muchas más pruebas de este mal gusto retórico. Pero nuestra intención no es censurar al autor que escribe de acuerdo con la moda literaria de la época, sino extraer algunas enseñanzas para los novelistas contemporáneos. No hay que hacer muchas concesiones a la fraseología en boga, pues ésta pasa como los modelos de ropa. Hay que descarnar, hay que luchar por emplear un lenguaje directo y depurado.

MARTIN RIVAS, SIMBOLO DE LA CLASE MEDIA

Hemos dejado un poco de mano a nuestro héroe, preocupados de analizar y destacar el abigarrado paisaje humano que enmarca la acción novelística. Martín Rivas, hemos dicho, es un joven estudiante de Derecho que ha venido de provincia con un bagaje de salud y de nobles ambiciones, después de hacer unas anodinas humanidades en un liceo de su ciudad natal. Las Ciencias Jurídicas se prestan maravillosamente para las finalidades de los intelectuales provincianos. Un cartón con el título de abogado proporciona rápido brillo y fortuna.

Martín tiene una misión familiar que cumplir: redimir de la pobreza y abandono a su madre y hermana. Pero ellas no saben que su salvador se ha enredado en los lazos de un amor imposible y entre las intrigas de una clase que no es la suya. De esta manera, ha tenido que abandonar temporalmente los estudios. No se puede concentrar en altas disciplinas de la mente el que está perturbado por una pasión.

Rivas ha dado un fin mezquino a sus nobles propósitos iniciales. ¿Qué busca en esa muñeca frívola y sádica que lo tortura y trastorna? ¿Amor, posición social? Cálculo no puede ser, pues es un muchacho sin retorcimiento; es espontáneo, desinteresado. Creemos que ha tenido mala suerte de encontrarse, de improviso, con su ideal de mujer en el despertar de su erotismo. Sin esta pasión pura y violenta, Martín Rivas aparecería como un trepador, un buscador de fortuna, a través de un matrimonio de convivencias. Pero ha demostrado una recta personalidad, una firme y decidida voluntad de triunfar, pese a todos los obstáculos. Cuántas veces estuvo al borde de “regresar a Copiapó con los cortos recursos de que disponía y consagrarse allí a trabajar para su familia; mas pronto su enérgica voluntad le hacía

avengonzarse de querer quebrantar su juramento por el vano temor de verse despreciado de una mujer. Luego, su fortaleza moral lo llevaba al convencimiento de que el estudio es la única base de un porvenir feliz, cuando la suerte le ha negado la riqueza”.

Es el dilema de su clase: reemplazar la riqueza por el esfuerzo intelectual. Es lo que ha hecho pujante, esforzado y tenaz a esta clase, formada por jóvenes venidos de provincia, estudiantes de liceos fiscales. Esta clase media es la que hace progresar los pueblos, la que empuja la evolución social, con su cultura y sensibilidad. Desgraciadamente, en política, no sabe colocarse. Sus representantes, o son absorbidos por las clases altas, atraídos por sus falsos oropeles de figuración y riqueza, o se abanderizan en entidades revolucionarias, atraídos por la demagogia y, tal vez, por un resto de rentimiento. Martín Rivas fluctúa entre los dos polos, como buen representante de esta clase media. Lo vemos, ya actuando como un aristócrata o participando de un movimiento reivindicatorio. No logra atisbar la tremenda fuerza que podría tener un movimiento político y social de su clase. . .

Por otra parte, no olvidemos que la capital está poblada por un alto número de gente emigrada de provincia. Tampoco olvidemos que el que parte a la capital, es el más fuerte, el mejor dotado. Se requiere personalidad y ambición para dejar su medio y sus familiares.

Martín Rivas, es pues, un símbolo y de ahí la permanencia de esta novela, su vitalidad. Hay otras en nuestra literatura cuya temática la constituyen las luchas de estos jóvenes por llegar arriba. Pero esta lucha está ya superada. Hoy no se lucha por conquistar una mujer, la mejor mujer como lo han asegurado los freudianos. Hoy día los jóvenes son reclamados por otros ideales. Están la cultura, las ciencias, el arte, las reivindicaciones sociales.

BLEST GANA Y SU TEMÁTICA

Alberto Blest Gana tiene, sin discusión, un sitio destacado en la novelística chilena, tanto por la seriedad de su obra como por haber buceado en la realidad de su medio y de su época. Es un precursor, un pionero que abre sendas por donde pudieron pasar las generaciones posteriores. En su tiempo nadie se interesa por los temas vernaculares. Todos los círculos intelectuales están maravillados por la vida parisiense. Es un ambiente extranjerizante, de arribistas, de “rastás”. Lo chileno es deplorable, vergonzante. Lo paradójico, es que los mismos europeos son los que descubren nuestros temas. Un Carlos Wood, un Rugendas, un Monvoisin, reconocen calidad artística a

nuestros huasos, lavanderas, rotos y sobre todo, a nuestro imponente paisaje.

Blest Gana es uno de los primeros que reacciona contra lo europeo y busca en su propio ambiente los motivos y materia de sus obras. Su realismo es auténtico, pues los personajes son sus coetáneos, tipos del pueblo con los cuales tropieza a diario, linajudos señorones, empingorotadas damas que pertenecen a la alta clase, que es la suya. Los observa, los analiza y los traspasa al papel. Hasta nosotros llegan sus vicios, sus virtudes, sus reacciones, incluso sus intimidades. Por esto se le considera el precursor de la escuela criollista, que alcanza su apogeo en Mariano Latorre, Luis Durand y otros, para derivar hacia un neocriollismo o realismo social, que es la característica de los novelistas de la generación del 38.

Este trozo que transcribimos, nos permite comprobar esta aseveración. En él percibimos ya el latido que anima a la literatura chilena posterior. "Frente a doña Bernarda, que ocupaba la cabecera de la mesa, ostentaba su cuero, dorado por el calor del horno, el pavo, que figuraba como un bocado clásico, en la cena de Chile, cualquiera que sea la condición del que la ofrece. El pescado frito y la ensalada, daban a la mesa su valor característico y lucían junto al chanco, arrollado, y a una fuente de aceitunas, que doña Bernarda contaba haber recibido por la mañana, de parte de una prima suya, monja de las Agustinas".

O este otro, en que se describe la cueca con su gracia peculiar: "Enderezose Agustín y continuó su baile, haciendo tales cabriolas y moviendo el cuerpo, que la grita aumentaba en vez de disminuir, y Amador, fingiendo una voz de tiple, cantaba, con gran regocijo de los oyentes:

*Al saltar una acequia,
dijo una coja,
agárrenme la pata,
que se me moja."*



Blest Gana, es pues, el novelista de la sociedad chilena del siglo XIX. Tiene clara conciencia de lo que hace. Su obra no es el fruto del acierto intuitivo. Es la resultante de una intención preconcebida. En un discurso que pronunció en su incorporación a la Facultad

de Humanidades, formula su canon novelístico. Dice: "La novela debe ser copia de los accidentes de la vida en cuanto el arte lo permite". Lo que quiere decir que no debe hacerse una copia fotográfica, documental, sino que esta materia debe ser estilizada, pasada por el crisol de la sensibilidad artística, que es el escritor. Luego agrega: "Estudiando nuestras costumbres tales como son, comparándolas en las diversas esferas sociales, caracterizando los tipos creados por esas costumbres y combinándolas a fin de ofrecer una imagen perfecta de la época con sus peculiaridades características, la novela no puede dejar de ser el mayor o menor acierto de los que a ella consagren su esfuerzo."

Palabras palpitantes y certeras de una vigorosa imaginación creadora, que ha penetrado más acá del tiempo.

Separata del N° 395 de Revista Atenea